

## TRADUCCIONES EL NIÑO Y LA ALDEA

AHMAD QADIDI

*Introducción y traducción del árabe por Rubén Chuaqui*

El curioso lector que se asome a: *La literatura tunecina contemporánea*<sup>1</sup> no dejará de observar cierto número de textos donde se experimenta con nuevas técnicas de expresión o se adaptan las últimas o penúltimas oriundas de Occidente. Quien además se interne en las revistas literarias de relieve en el mundo árabe podrá advertir cómo este afán de modernidad y renovación suele manifestarse de manera gemela en el ejercicio de los modos recientes de la crítica, en especial las variedades más conspicuas del formalismo y el estructuralismo; de paso, comprobará que uno y otro fenómeno se van dando con frecuencia cada vez mayor en forma autónoma o por mediación de ejemplares ya aclimatados al terreno de trasplante.

Pienso sobre todo en órganos como *alFikr* ('el pensamiento'), del propio Túnez, del cual hemos extraído el relato que a continuación ofrecemos (No. 9, junio de 1978, pp. 57-61), y, más al oriente, en la indispensable *al-Adáb* Z (que nos sería demasiado desleal traducir 'las humanidades'), cuya sede se encuentra en Beirut. En ambas publicaciones, y en otras análogas, sin embargo, coexisten formas más tradicionales. A veces un mismo autor alterna maneras más o menos apegadas a la tradición con otras más o menos distantes de ella, algo que tampoco es infrecuente en ámbitos culturales diversos, genérica y geográficamente considerados. El creador echa mano de los recursos que más convienen a la eficacia del producto (o que más cree convenirle: el logro y el malogro deciden). Tal parece

<sup>1</sup> Antología dirigida por Fernando de Agreda y Carmen Ruiz y publicada en Madrid conjuntamente por el Instituto Hispano-Arabe de Cultura y el Centro Internacional del Hammamet, en 1978.

ser el caso una teoría de Ahmad Qadīdī (Qdidi Gdidi, n. 1946) si nos atemos a "La otra cara de la historia de Abu Hayyan al-Tawhidi"<sup>2</sup> y "El niño y la aldea". Aquel texto es básicamente una fantasía de tema histórico (con "mensaje" claro para el presente, no obstante), y exhibe, por ejemplo, desplazamientos de siglos con un mismo personajes, imitación del estilo de los tradicionalistas coexistiendo con un largo párrafo en que se yuxtaponen prohibiciones (que, aun cuando en sí no poseen una función narrativa están al servicio de la función global de narrar), todo ello dentro de un contexto de salto constante de lo que podría llamarse anécdotas, contexto que constituye una elaboración de cierto famoso estilo fragmentario y el efecto que se produce es radicalmente distinto, en parte no desdeñable por la notoria obsolescencia de estos géneros heredados. De paso diremos que el recurrir al modo de los tradicionalistas no es en absoluto exclusivo de Qadidi; allí esta, sin el más lejos, la célebre colección de Mahmūd al-Mas'adi sobre Abū Hurayra.<sup>3</sup>

Sin que "La otra cara (...)" sea el colmo de lo audaz, el contraste al respecto con "El niño y la aldea" es pronunciado, aunque en rigor no podría decirse que aquí se trata de una narración lineal o del corte de las típicas del siglo diecinueve euroamericano. Empero, hay una sencillez palpable; lo que es más, una voluntad de sencillez, propuesta en aras de la fuerza expresiva del relato, a pesar de que ésta se ve un tanto disminuida por el exceso de subrayados. De nuevo la historia, pero la historia próxima, la historia de un acontecimiento violento que conmovió hondamente a vastos sectores del planeta<sup>4</sup> y a una parte importante de la conciencia francesa, en unos tiempos en que

<sup>2</sup> V. *op. cit.*, pp. 292-295; original en *atfīkr*, precisamente, nov. 1971, pp. 28-31.

<sup>3</sup> Un breve pasaje figura en la antología de referencias, pp. 11-12, y se le consagra un estudio estructuralista a el mismo número de *al-Fīkr* en que aparece "El niño y la aldea".

<sup>4</sup> La consulta del periódico *Excelsior* es útil para calibrar las repercusiones de los sucesos. Resulta decidir que en los días anteriores demuestra un

Francia apostaba mayoritariamente (y contra sus principios más profundos) al sostenimiento insostenible de la aventura colonial.<sup>5</sup>

No se trata de un reportaje de la tragedia, a la manera del magistral trabajo de John Hersey, *Hiroshima*, estudio de un horror mil veces mayor, ni como esa otra obra maestra que es el libro de Robert Jungk *Strahlen aus der Asche* (más conocido con el título inglés —ligeramente distinto en la imagen— de *Children of the ashes*), donde se rastrea la vida de algunos de los sobrevivientes de la explosión atómica.

Como sucede con el poblado palestino de Deir Yasín [Dāyr Yasīn], numerosas personas evocan ante todo la barbarie colonialista cuando se les habla de la aldea tunecina de Sakiet Sidi Yusef [Sāqiyat Sīdī Yūsuf]. Entre ellas se cuenta, sin duda, gran parte de los que se podrían llamar Destinatarios "naturales" del relato. Desde luego, el narrador no está obligado a referirse a la agresión, pero existe una expectativa del lector hipotético que permite al escritor una elección cargada de sentido. Si opta por incluir hechos de carácter público, claro, seguirá teniendo ante sí una gama de sentidos que escoger, y que dependerán del tipo de relaciones que decida dar a sus personajes con esos hechos.

---

relativo desinterés por la guerra de Argelia. Dos números más tarde y durante la semana que sigue ofrece una cobertura destacada y extensa. Pero sólo se reproducen cables, de las agencias usuales, sin que se llegue a editorializar, a diferencia de la reacción del matutino frente al anuncio de la unión de Siria y Egipto en la RAU, que tiene lugar por esos hechos.

<sup>5</sup> El lentísimo proceso de conciliación de la mayoría de los franceses con la idea de la independencia argelina se aprecia en el libro de W.G. Andrews *French politics and Algeria; the process of policy formation, 1954-1962*, New York, Appleton-Century-Crofts, 1962. El autor utiliza cuatro indicadores, no todos igualmente fidedignos, como no se le oculta: sondeos de opinión pública (especialmente pp.21-22), editoriales de prensa (espte, pp. 28-31), posiciones de los partidos políticos (espte, pp. 36-45) y elecciones y referendums (conclusiones en pp. 65-66). Con la posible excepción del último, los cuatro parecen reforzarse mutuamente, de modo que el grado de plausibilidad del conjunto es más bien elevado.

El cuento de Qdidi muestra el cruce de un par de seres humanos —acaso ficticios— con su destino, un encuentro con la catástrofe por parte de una familia como las muchas familias que la padecieron. Un destino que, de todos modos, no es un accidente, que sería irracional pero no culpable, en cuanto carente de la dimensión en que la acción decidida por otros seres humanos da un margen cualitativo distinto.

Se advierte un considerable acuerdo con las sucesivas posturas que ha adoptado De Gaulle desde su segunda ascensión al poder (mediados de 1958).

## El niño y la aldea

Por Ahmad Qadīdī

Muchas cosas han cambiado en la vida de Farhat [Farhat] desde hace una semana.

Sus nueve ovejas ya no pueden alejarse de Sakiet para buscar hierba en los montes de Argelia. Toda la tierra se extendía —hasta hace una semana— delante de las ovejas: el forraje no conocía fronteras, y allí estaban las ramas que el bastón de Farhat les deshojaba en la región sin fronteras de la frontera.

Cada mañana comenzaba el viaje de Farhat en su pequeña casa al pie del cerro de Sakiet Sidi Yusef, viaje cotidiano en que a la vez había el deleite de buscar el sustento y el esfuerzo de ganarse el pan. Como todos los hijos de esta aldea, se levantaba temprano, antes de que saliera el sol. Se aseaba, realizaba la ablución y oraba, para luego inclinarse sobre su pequeño Muhammad [Muhammad] observando su cara apacible y sus ojos cerrados; como todas las mañanas, veía entonces la luz mortecina que emitía la lámpara de aceite iluminar una frente pura y una boca entreabierta como si estuviera a punto de balbucear o de revelar una sonrisa.

Este era uno de los momentos más felices de Farhat. Era como si a través de él pretendiera comenzar su día con la paz que la imagen de su hijo extendía en su alma y que lo dejaba preparado para el arduo trabajo... Estos instantes se grababan en su imaginación y de ellos exhalaban un radiante resplandor y un aroma de esperanza.

¿No había sido él acaso quien insistió en que Muhammad fuera a la escuela cuando alcanzó la edad reglamentaria, rechazando los consejos de la madre y los tíos paternos, que recomen-

daban que el niño se fuera adiestrando en el oficio de pastor, para que ayudara a su cansado padre a llevar las ovejas a la frontera?

¿No había sido él acaso quien en el otoño del año pasado había vendido dos corderos para comprarle a Muhammad en el mercado de la aldea un traje apropiado y zapatos negros, una mochila roja de escolar, un cuaderno en cuya tapa aparecía el dibujo de una pluma y una tabla de multiplicar, un silabario y muchos lápices de colores...?

A él le había estado vedada la bendición del saber. De nada le había servido asistir regularmente después de la independencia a la escuela de la aldea y tomar su lugar en ella con el fin de ser uno de los adultos que vencieron el analfabetismo. Pues el analfabetismo no lo abandonó porque no se aplicó lo suficiente. Sin embargo, aprendió que "el saber es luz" y se dio cuenta de que el futuro sería difícil, e imposible enfrentarse a él con capacidades simples; asimismo, se convenció de que fuera del Saber no habría vida para Muhammad, quien tal vez llegara a ser médico, comisario, juez o ingeniero.

Farhat había vivido toda su infancia, su juventud y su edad adulta bajo el colonialismo, y su espalda conoció los latigazos del colono, Msiu Latrún, desde que comenzó a ayudar a su padre, aparcerero a razón de un quinto del producto, en la hacienda de ese *rumí* calvo. Todavía se acordaba del ardor de los azotes, recordaba los ojos enrojecidos del colono y no olvidaba la paciencia con que su padre soportaba la opresión y la parte de la cosecha que tocaba a la familia todos los veranos. Farhat aprendió que esa tierra fértil y extensa en la que se divertía como un pequeño conejo pertenecía a Msiu Latrún, con sus dilatados campos llanos y verdes y con sus pozos de aguas abundantes que manaban a borbotones y sus espléndidos árboles repletos de frutos. También aprendió que toda su familia no poseía sino esa pequeña casa de adobes y aquella escuálida cabra que les otorgaba su leche cada amanecer.

Con el tiempo, después de que el pueblo se rebelara, el Msiu Latrún y su látigo desaparecieron para siempre; Sakiet cambió y

fue fundada la escuela, en tanto que todos los habitantes de la región conocieron los rigores de la guerra de liberación y la obcecación del ejército francés cada vez que golpeaba con fuerza y violencia para sofocar la voz de la rebelión y acallar las voces de los tunecinos y argelinos, a quienes impulsaban los mismos motivos y cuyos pechos ardían con el mismo fuego sagrado.

.....

Muchas cosas han cambiado desde hace una semana en la vida de Farhat.

Los ecos de la revolución argelina dejaron atrás lo que había llegado a sus oídos a través de la radio, que difundía la voz de Argelia y ponía de manifiesto la valentía de aquel pueblo y la tiranía del colonialista. Sus ecos también dejaron atrás lo que había recabado de las bocas de los combatientes que traspasaban la frontera hacia Túnez para obtener apoyo, víveres, armas y medicamentos en preparación de una nueva emboscada.

La guerra de Argelia se le había vuelto muy cercana; mejor dicho, ya estaba en su carne y en su sangre y en las paredes de su diminuta casa desde que los pesados disparos de la artillería y el retumbar de las bombas llegaron a las proximidades de Sakiet; y entonces leía en los ojos de su hijo Muhammad los signos del miedo y la perplejidad e intentaba explicarle el enigma.

Las ovejas ya no volvieron a dejar el cerro de Sakiet, pues los soldados franceses habían puesto a lo largo de la frontera alambre de púas electrificado que difundía a su alrededor la muerte y la destrucción.

Muchas cosas habían cambiado, cosas que presagiaban la desgracia. El niño estaba siempre divirtiéndose, estaba continuamente sumido en sus juegos. Por su parte, cada anochecer Farhat se prendía de esas palabras que Muhammad leía en su libro sobre la obediencia a los padres y el amor a la patria y lo escuchaba con avidez recitar sus números.

Alguno de los que venían de la zona fronteriza contó que la barrera de alambre electrificado se extendía por millas, que las ametralladoras del enemigo apuntaban a todo el que se acercara y que algunos animales habían sido derribados por la energía contenida en los alambres. Es que el colonialista, desconcertado por

las fuerzas de liberación argelinas, se había vuelto más opresivo y había comenzado a golpear sin compasión. Su vesania se dirigía a la zona limítrofe, de donde llegaba la ayuda y donde buscaban refugio los guerrilleros... El poblado de Sakiet era el más cercano y estaba sumamente expuesto al proclamado "derecho de persecución a los terroristas y bandidos".

.....

A los "terroristas y bandidos" Farhat los conocía muy bien, pues a menudo había compartido con ellos la leche de la cabra y un pedazo de pan de trigo, y muchas veces le habían hablado de los montes de Aurés [Awrās], del heroísmo de la Quinta Wilaya, la muerte heroica de sus camaradas, la batalla de Bab el Ued [Bād al-Wād (1), Bad el Qued] y el interrogatorio de Yamila Buhired [Yamila Bū Hirid, Djamila Bouhired]... Cuántas veces en las crudas noches de invierno entró en calor a la llama de sus recuerdos y cuántas veces confió a su hijo Muhammad en forma de combates a escala lo que se decía acerca de la guerra de liberación, y aquél sorbía los relatos con su tierna imaginación, como hacía con los cuentos de héroes, genios y horrores... Muchas veces había respondido a las preguntas de Muhammad sobre los franceses: dónde quedaba su país y por qué vinieron a Túnez y Argelia; él le contestaba con lo que había oído en las reuniones y manifestaciones populares que llamaban a la expulsión. En efecto, él mismo había participado en algunas y colaborado en el levantamiento de barricadas y defensas frente a las columnas del ejército extranjero, acatando las instrucciones de los jefes.

.....

El frío era cortante y seco, en ese invierno duro y pertinaz. El mes de febrero había empezado a posarse con su oscura sombra en Sakiet. Los pasos de la gente se habían vuelto más pesados que antes a causa de las heladas; en las afueras de la aldea aparecían los primeros avances del hielo. Los pequeños se arropaban cada vez más en sus albornoces blancos y negruzcos. Parecían corderitos envueltos en mantas de lana. Sus risas se habían vuelto inaudibles y tan sólo sus miradas prestaban atención al camino pedregoso que llevaba a la escuela.

Farhat se levantó y se frotó los ojos, el gallo cantó, la madre se movió en su cama, Muhammad saltó de la suya, el padre apagó la lámpara de aceite y descorrió las cortinas de la ventana.

— El día está frío...

dijo Muhammad mientras se desperezaba como gato cansado.

—Hoy tenemos clase de aritmética.

y se puso a juntar sus papeles, lápices y palos de colores y sus trozos de tiza blanca. La madre le sirvió un pan de cebada embebido en aceite y tartamudeó algunos pasajes del Corán que había aprendido de las viejas del pueblo, en tanto que Muhammad se apresuraba a roer su pan a la vez que se echaba la mochila a la espalda y partía a la escuela.

La madre se levantó y fue a ordeñar la cabra. Farhat, luego de arrebuajarse, salió diciendo:

—Prepáranos el alcuzcuz, ...mujer, que con este frial no hay nada mejor para mantenerse vivo y calentar las tripas.

.....

Las nubes se recortan en formas terribles y fabulosas que atraviesan el espacio. La escuela es un hormiguero de movimiento y ruido sin descanso... El viento helado sopla del norte con un ronco gemido a través de los árboles. La sirena llama a entrar a clases. Sakiet se apresta a recibir su mercado. Las mercancías ya están acomodadas y los vendedores la anuncian. En la casa los recipientes de alcuzcuz están sobre las brasas de la cocina y se eleva su oloroso vapor.

La vida sigue su curso habitual y nada presagia la desgracia.

.....

—Saquen sus pizarras: vamos a empezar la clase de aritmética...

En la voz del maestro hay — como han advertido los muchachos desde hace meses— una autoridad tranquila y una gran firmeza. Una voz musical a la que las pequeñas manos responde con un tumulto. Abren sus mochilas —de cuero, junco o lona—, meten en ellas sus finos dedos morenos y sacan sus pizarras y barras de tiza mientras el maestro escribe con su elegante caligrafía:

La operación de la suma.

La clase avanza. Ante los alumnos se aparece un gorrion muerto de frío que, perseguido por el viento helado, ha venido a refugiarse en la ventana de la sala; pero choca con los cristales, atrae una rápida mirada colectiva y reemprende su viaje a lo desconocido. Los dedos angelicales prosiguen delineado en las pizarras: 1-2-3-4-5-6-7-8

.....

En el instante que media entre dígito y dígito, un instante eterno, el espantoso zumbido desgarrar el espacio y el mercado se sacude. Los vendedores y el público salen corriendo a la plaza y desde allí se dispersan en numerosas direcciones. Las paredes de la escuela entrechocan; los mansos ojos vagan buscando la fuente del ruido. Una explosión y otra y otra... Un infierno rojo eleva sus llamas; un derrumbe y otro y otro. Polvo carne tablas de hierro fuego el árbol abatido de raíz y los gritos y el pánico y las cosas y los minerales y los seres vivos se funden y se unifican en un elemento único, en un único instante que es como la eternidad.

El zumbido es violento y potente y las llamas se remontan al cielo y el cielo se viste de acero y sangre...

Sakiet ha sido arrasada.

.....

Todo esto sucedió en una pesadilla entre dígito y dígito. Cuando después vinieron a rescatar lo que quedó del pueblo, Farhat vio que el cadáver de su hijo seguía asido de su trozo de tiza, persistiendo en lo que había sido su último movimiento; la pizarra estaba tirada a su lado; antes de morir con las bombas que arrojaron, su mano había alcanzado a dibujar  $3 + 5 = 8$ .

8 de febrero de 1958.

Nunca antes de este día Farhat había entendido el significado de que el ser humano sea golpeado en su carne y en su sangre. No había comprendido que la tierra puede mudar de eje de rotación ni que el temor pudiera extenderse con tal rapidez ni que un hombre sencillo fuera capaz de transformarse en un instante en un rebelde colosal... Después de contemplar el tierno cuerpo de su hijo cubierto de polvo... desde el 8 de febrero de 1958... Far-

hat sólo pensó en la venganza, y hasta hoy la gente cuenta la historia de su partida a Argelia, que combatía en sus montes, ciudades, ríos y matorrales.